



LOS HERMANOS MAL AVENIDOS.

(IMITACION DE AUVERBACH.)

En el último artículo que os he dedicado, queridos niños, en vuestra REVISTA, correspondiente al mes de Marzo (1), que llevaba por epígrafe *La Verdad y la mentira*, os ofrecía, si me prestabais atención, el escribir un cuento que había de *entreteneros mucho*; cumpliendo, pues, la palabra empeñada, allá va el cuento, que por esta vez tiene que ser traducido y de un autor alemán, llamado Berthold Auverbach, que goza mucha fama en su país en esto de escribir cuentos. Más bien que traducido, puede decirse que lo he arreglado á la medida de vuestra capacidad para que mejor podais comprenderlo. Comienza de esta manera:

En la desierta y fría callejuela que se llama *Kniebis* se encuentra una pequeña casa con su cubierto y ca-

balleriza; no tiene más que tres ventanas, cuyos vidrios en muchos puntos están sustituidos con papel: la última ventana tiene un voladizo sostenido por un solo gozne y que amenaza caerse á cada instante.

Al lado de la casa hay un pequeño huerto dividido en dos porciones por un seto de zarzas que llega de un extremo al otro. Viven en esta casa dos hermanos, hace como unos catorce años, pero tan reñidos que jamás se dirigen la palabra.

Tanto en la casa como en el huerto todo está igualmente dividido; todo, desde los desvanes que sirven de granero hasta la pequeña bodega, á donde se baja por una trampa separada también por un tabique de tablillas. Las puertas, sujetas con cadenas, parece que sus dueños temen á cada momento el ser sorprendidos

(1) Núm. 9, pág. 141.

por los ladrones. La caballeriza pertenece á uno y el cubierto á otro. En aquella vivienda no se oye la menor palabra, á no ser, por veces, alguna que otra maldicion dicha así en voz baja.

Miguel y Conrado, que éstos son los nombres de los dos hermanos, eran ya de bastante edad. Conrado habia quedado viudo hacía tiempo, y desde entónces vivia solo; Miguel no habia sido nunca casado.

Un viejo baul, pintado de color verde, fuera la causa primera de la enemistad que se tenian los dos hermanos.

A la muerte de su madre fué necesario hacer las partijas; su hermana, casada en la aldea, habia recibido su legítima. Conrado aseguraba que comprára el baul con su propio dinero, dinero ganado deshaciendo piedras sobre el camino como un picapedrero; afirmando que el baul en cuestion se lo habia dado á su madre en calidad de préstamo, y que aquel mueble hacía toda su felicidad. Miguel, por su parte, objetaba que Conrado comiera el pan en casa de su madre, y que de consiguiente ningun derecho particular podia alegar sobre los muebles que constituian la herencia. Despues de una violenta disputa entre los dos hermanos, el baul fué llevado nada ménos que delante del juez de paz, y en seguida al tribunal del partido, donde se resolvió que, visto que los dos hermanos no podian ponerse de acuerdo sobre nada, que se vendiese todo cuanto hubiese en la casa, incluso el

baul, y el producto se dividiese por iguales partes. Todo fué puesto en venta, hasta la misma casa en que habian nacido; pero como para ésta no hubiera comprador, tuvieron que resignarse los dos hermanos á conservarla.

De manera que se vieron obligados á recobrar en remate público sus propios bienes, incluso sus lechos y todo lo demas. Conrado en aquel acto sufrió mucho, porque era bastante sensible. Siempre hay en una casa multitud de objetos sin importancia para un extraño, pero de grande valor para las personas de la familia, porque traen á la memoria pensamientos y recuerdos que no tienen precio.

Estos objetos deben pasar de unos á otros sin ruido y por herencia, de generacion en generacion: éste es el medio de que conserven todo su mérito. Pero si se apoderan de ellos manos extrañas, y despues se adquieren en público remate, entónces pierden aquel carácter sagrado que forma su mayor encanto. Dominado Conrado por estos pensamientos movia tristemente la cabeza cada vez que un antiguo mueble de familia le era adjudicado; pero cuando vió anunciar en venta el devocionario de su madre, encuadernado en terciopelo negro con broches y adornos de plata, y que un prendero tomaba en sus manos como queriendo saber cuánto pesarian, Conrado sintió que toda la sangre de sus venas se le subia á la cabeza, y de pronto ofreció por el devocionario un precio muy

alto, de modo que nadie entrase en deseos de comprarlo.

Llegó en seguida su turno al baul. Miguel, en este momento, jura de mala manera, arrojando sobre su hermano una mirada provocativa, y ofrece al punto una cantidad considerable. Conrado ofreció un escudo más, y se puso á contar maquinalmente, y sin levantar los ojos, los botones de su chaleco. Miguel, por el contrario, dirigia ardientes miradas á su alrededor, y pujaba á su vez, y los dos hermanos continuaron así haciéndose la guerra por algun tiempo sin que nadie interviniese en ella: cada uno de los dos campeones habia tomado como punto de honor el no dejar al otro el objeto que se disputaban. Ellos decian entre sí que despues de todo no pagarian más que la mitad de la suma. Por último, el baul fué adjudicado á Conrado en la cantidad de diez duros, más de la quinta parte de su valor.

Sólo entónces levantó la vista; su semblante estaba demudado, sus ojos, su boca, todas sus facciones expresaban el desden y la burla. Temblando de ira se acercó á su hermano Miguel: «Cuando tú mueras, le dijo, yo te regalaré el baul para que te metan dentro de él.» Estas fueron las primeras palabras que le habia dirigido despues de catorce años.

La historia del baul sirvió de tema, como era fácil adivinar, á bur-las y chanzas demasiado vivas de parte de sus convecinos, que no sirvieron más que para aumentar la

animosidad de los dos hermanos entre sí.

Miguel y Conrado eran ademas de genio muy diferente, y veian y sentian de distinto modo.

Conrado mantenía una vaca que uncia de ordinario con la de su vecino Christian para los trabajos de la siembra de los campos que cultivaba. El tiempo que no empleaba en esto lo dedicaba á machacar piedra por diez reales cada dia en el camino real; á causa de esto tenía la vista muy débil, su manera de andar poco segura, y cuando queria hacer fuego con el eslabon se veia obligado á acercar la yesca á la nariz para saber que estaba encendida: de aquí que le llamasen en toda la aldea Conrado el ciego; era ademas de corta talla y regordete.

Miguel era todo lo contrario de su hermano; alto, delgado, y hombre que andaba con paso seguro; vestia el traje de la aldea, no porque fuese un aldeano, que en realidad de verdad no podia llamarse tal, sino porque así hacía mejor sus negocios. Comercia-ba en caballos viejos, y un caballo vendido por un hombre vestido de paisano inspiraba más confianza al comprador. Miguel habia sido medio veterinario y herrador, y no habiendo obtenido buenos resultados con este oficio ni con el de cultivador, vendió parte de sus tierras, dedicándose exclusivamente al comercio de los caballos, lo cual le permitia vivir como un caballero, siendo uno de los importantes personajes de la comarca. Conocia á seis ú

ocho leguas á la redonda, en el Wuttemberg, en todo el país de Sigmaringen y de Hechingen hasta el territorio de Bade, la situacion y el contingente de todas las caballerizas, como un hábil hombre de Estado conoce la estadística de los países extranjeros y la situacion de los diferentes gabinetes: en los periódicos estudian los gobernantes el espíritu de los pueblos; Miguel lo estudiaba en las tabernas y mesones. Tenía, además, en cada punto un comisionado, especie de chalan, con el cual sostenia una secreta correspondencia, enviándole en caso de necesidad un aviso, aviso que solia llevar él mismo, no exigiendo por el viaje y la comision más que un buen vaso de buen vino en el sentido literal de la palabra. Miguel tenía tambien agentes secretos que recorrian todas las caballerizas; de aquí el que casi todos los dias, en el cubierto de su casa, que hacía oficios de cuadra, se viese algun mal rocin que él adornaba, preparándolo para una buena campaña, es decir, para venderlo á buen precio en la feria ó mercado. Peinábale las crines por encima de los ojos, le limaba los dientes..... El pobre animal llegaba á no poder comer otra cosa más que salvado, y á morir de hambre si le daban hierba. Miguel no se paraba en estas pequeñeces, porque en el primer mercado se deshacia del rocin.

Para ello ponía en juego los talentos que le eran tan peculiares; buscaba, por ejemplo, un compadre que fingia á las mil maravillas que

deseaba hacer con él un cambio; despues de pasar algun tiempo disputando, Miguel decia en voz bastante alta para que pudiera ser oido por todos los que allí se encontraban: «¡Imposible!..... ¡Yo no puedo aceptar el cambio; yo no tengo forraje para vuestro caballo, ni sitio donde meterlo, y tendré que vender la bestia por un pedazo de pan!.....» Algunas veces apelaba á otro recurso: le daba su propio caballo á otro paisano, con quien de antemano se habia convenido, para que lo hiciese pasar como suyo, y lo hacía trotar delante de él: «¡Ah! ¡Ah!..... decia bien alto, pero como si hablára consigo mismo. Hé aquí un animal que en las manos de uno que sepa cuidarlo haria de él un caballo excelente: marcha con toda perfeccion, tiene buena sangre inglesa en sus piernas, no le falta nada más que carnes, y tal como es vale todavía sus veinte pesos.» De esta manera no tardaba en hallar un comprador, con quien estipulaba para sí mismo un tanto de comision por arreglar la venta, recibiendo así un precio supletorio sobre la cantidad en que se vendia el caballo. Miguel miraba con horror toda cuestion judicial, y por eso nunca garantizaba lo que vendia, ni respondia de los defectos que pudiera tener; si le exigian esta condicion, ántes que consentir en ella preferia rebajar en el precio. Sin embargo, en algunas ocasiones no dejaba de verse envuelto en algun pleito, que terminaba, por lo regular, por comerse los agentes de la justicia el

valor de la caballería; pero, ¿qué hacer? en esta clase de vida, de rodar y andar libremente de un lado al otro y sin trabajo, hay cierto no sé qué seductor!.....

Cuando Miguel iba y venía á caballo de la feria y pasaba por delante de Conrado, que estaba machacando piedras en el camino, era de ver con qué aire de proteccion y des-

den miraba á su hermano. «Pobre diablo, pensaba él, tú deshaciendo piedras de la mañana á la noche por diez realés, mientras yo, en el mismo tiempo, y por poco que me ayude la fortuna, gano á lo ménos quince escudos!»

(*Se continuará.*)

R. SEGARDE CAMPOAMOR.

LOS HIJOS DEL ARQUITECTO.

El rey de Egipto Rhamprinito, que vivia por los años 2250 ántes de Jesucristo, juntó inmensas riquezas, y para tenerlas con grande seguridad mandó levantar un edificio de piedras, cuyas paredes estaban fuera del recinto de su palacio. El arquitecto encargado de la construccion supo disponer con tanto arte una de las piedras, que sólo un hombre podia con facilidad levantarla é introducirse por este medio en el edificio. Poco tiempo despues que el Rey hubiese llevado allí sus tesoros, el arquitecto cayó gravemente enfermo, y sintiendo llegar por instantes el término de su vida, reveló á sus dos hijos este importante secreto, designándoles con claridad y exactitud la piedra, indicándoles el modo con que podian moverla, y añadió que con una grande prudencia se verian en breve poseedores de las riquezas del Monarca.

Murió el arquitecto, y sus dos hi-

jos no dejaron trascurrir mucho tiempo sin dirigirse una noche á lo interior del edificio, donde encontraron la piedra designada, que levantaron con suma facilidad y sacaron una considerable suma de plata y oro; repitieron muchas veces esta misma operacion; mas un dia que el Rey pasó á visitar su tesoro, quedó de todo punto admirado al ver vacíos la mitad de los vasos que le encerraban. No sabía qué partido tomar, pues todo estaba perfectamente cerrado y hasta intacto el sello real colocado sobre la puerta. De nadie podia sospechar, y con el objeto de averiguarlo con certeza puso un lazo en derredor de los vasos que contenian sus riquezas. A la noche siguiente los ladrones, segun tenian de costumbre, penetraron en el edificio, mas uno de ellos, habiéndose aproximado primero al depósito de las alhajas, cayó en el lazo, y despues de inútiles esfuerzos para salir

de él, llamó á su hermano y le suplicó que le cortase la cabeza al instante, temeroso de que el Rey le conociera y le hiciera más desgraciado, tanto á él como á su hermano. Este al principio titubeó, pero convencido al fin por las razones del otro, puso cuidadosamente la piedra y volvió á su casa con la cabeza de su hermano.

A la mañana siguiente, al rayar el dia, pasó el Rey á visitar su tesoro, y quedó extremadamente sorprendido al ver al ladron en el lazo, pero sin cabeza; su admiracion fué más grande todavía cuando vió que á pesar de sus prolijas indagaciones no podia descubrir por qué paraje habian podido introducirse en el edificio. Imaginó entónces suspender el cadáver decapitado en la muralla, y colocó guardias en derredor con órden de prender á los que apareciesen conmovidos de este horroroso espectáculo.

Sin embargo, el ladron vivo, cuando entró en su casa, fué muy mal acogido por su madre, la que habiendo sabido que el cadáver mutilado de su hijo estaba públicamente expuesto, mandó al hermano del muerto que se lo trajese, amenazándole con la denuncia de su crimen si no lo ejecutaba. El hijo, á pesar de sus frecuentes súplicas, no consiguió que su madre variase de intento, y tomó su partido como hombre resuelto.

Cargó de pellejos llenos de vino algunos asnos y los llevó al sitio donde el cadáver de su hermano es-

taba suspendido; desató varios pellejos, y viendo que el vino corria en abundancia por todos lados, comenzó á dar grandes gritos fingiendo la más espantosa desesperacion: acudieron los guardias esperanzados en aprovecharse del vino derramado, y el jóven, aparentando estar encolerizado, llenó de injurias á los soldados; pero como éstos quisiesen consolarle de su supuesta desgracia, se apaciguó aquél, y para mostrarse agradecido porque le habian ayudado á detener á los asnos é impedir que se derramase más vino, les dió de beber, y concluyó por sentarse al lado de ellos, obsequiándolos con tanta largueza, que logró embriagarlos al extremo de quedarse profundamente dormidos. Cuando la noche estuvo bastante avanzada, el jóven desató el cadáver, le cargó sobre uno de sus asnos, y para mofarse de los guardias, cortó á todos la mejilla derecha, y tornó á casa de su madre.

Habiendo sabido el Rey lo que habia pasado, se puso más encolerizado todavía; pero queriendo descubrir al ladron á todo trance, puso á su hija en un sitio público y anunció que la daria en casamiento al que pudiese responder de una manera satisfactoria á las preguntas que ella hiciese. La Princesa tenía órden de preguntar á todos cuáles eran las acciones más malas y sutiles que habia cometido, y si daba con alguno que confesaba haber robado el cadáver del ladron, debia detenerle y no dejarle escapar.

No obstante, el hijo del arquitecto, habiendo comprendido el pensamiento del Rey, quiso manifestarse más diestro que él. Cortó el brazo de un hombre recientemente muerto, y poniéndole debajo de su capa fué por la noche á verse con la jóven Princesa: á sus preguntas respondió que la acción más mala que habia hecho en toda su vida era la de haber cortado la cabeza á su hermano, y la más sutil haber robado el cadáver á los soldados que le custodiaban. Al punto la Princesa se arrojó sobre él queriéndole detener, pero como estaban á oscuras, presentó el brazo del muerto, que era lo que la Princesa habia cogido, y abriendo rápidamente la puerta, consiguió ponerse á salvo.

Al saber el Rey tanto ardid y atre-

vimiento, cambió su cólera en admiración, y publicó en todas las ciudades de su monarquía que, lejos de castigar al culpable, le colmaria de riquezas si queria presentarse y revelar su nombre. El ladrón, confiado en su palabra, se presentó, y no lo escapó mal, pues el Rey le dió á su hija en casamiento, «considerándole el más sabio de todos los hombres, porque sabía más que todos los egipcios, que son, segun ellos mismos, más ingeniosos que todos los pueblos del mundo.

El historiador griego Herodoto, al cual debemos esta corta historia digna de figurar al lado de los cuentos de *Las mil y una noches*, la sacó él mismo de las relaciones y cuentos de Egipto.

BLASILLO (1).

(Continuacion.)

IV.

No volvió en sí en mucho tiempo
Ricardo de aquel gran susto;
Blasillo, muy alarmado,
Hizo el pobre cuanto pudo;
Llamábale con cariño,
Que era sincero y profundo
El que tenía á Ricardo;
Aunque éste, soberbio y duro,
Era con él muchas veces
Extremadamente injusto.
A los ayes de Blasillo
Acercáronse allí algunos

(1) Véase el número 14.

Campeños, y Ricardo,
En el suelo, inmóvil, mudo,
No daba señal de vida.
— El muchacho está difunto,
Dijo un pastor.
— ¡Ay, Dios mio!
Dijo Blasillo convulso.
Si él ha muerto, también quiero
Morir aquí al lado suyo.
— ¿Qué ha de estar muerto, babieca?
Exclamó el tío Abundio,
Un pastor de mucho peso
Y muy prudente y sesudo.
Veréis qué pronto se pone
Tan derecho como un huso

El muchacho, que no tiene
 Más que un cerote mayúsculo,
 Es decir, lo que se llama
Mieditis en todo el mundo.
 Fué Abundio á la fuente próxima,
 Llenó el jarro, volvió al punto,
 Roció con agua á Ricardo,
 Que ántes de medio minuto
 Los ojos abrió y la boca,
 Respiró fuerte, y se puso
 En pié, con gran algazara

De todos los allí juntos.
 Viéndole Blas vivo y sano,
 Su alegría no contuvo;
 Quiso abrazarle y besarle;
 Mas Ricardo, altivo y brusco,
 Rechazóle, dirigiéndole
 Los más groseros insultos,
 Y atribuyéndole, aleve,
 Culpas que en verdad no tuvo.
 « Quitate, bribon, malvado,
 Le dijo; déjame, tuno,



Que aquí me trajiste solo
 Para darme este gran susto.
 Tus padres y tú de casa
 Saldréis pronto, te lo juro.
 ¡ Cuidado que cada día
 Eres, Blasillo, más bruto! »
 Y Blasillo, avergonzado,
 Y más que airado, confuso,
 Escuchaba estos dislates
 Y estos reproches injustos;
 Y cuando Ricardo en casa
 Refirió, mintiendo mucho,
 A su padre lo ocurrido,
 Y hecho el padre un energúmeno,

Iba á pegar al muchacho,
 Este, con respeto sumo,
 Dijo al Conde: « Señor Conde,
 Yo me espanto y me confundo
 Oyendo mentir al niño,
 Y que miente lo aseguro
 Por la vida de mi madre,
 Y que Dios me deje mudo,
 Si en todo lo que ha pasado
 Malas intenciones hubo
 De mi parte; los dos somos
 Culpables, pues fuimos juntos,
 Y alejarnos no debimos.
 Por esta falta es muy justo

Que perdon los dos pidamos;
 Pero por nada del mundo
 A Don Ricardo hacer quiero
 Nunca, nunca, daño alguno.»
 Oyó el Conde estas razones,
 Y no le contestó adusto;
 Creyó que más que de un niño
 Eran de un hombre maduro,
 Y cedió, como otras veces,
 Al irresistible influjo
 Que en él Blasillo ejercia;

Que nunca vió niño alguno
 Tan sincero y tan prudente
 Y sensato; y noble orgullo
 Tuviera seguramente
 Si á Blas, hijo de un palurdo,
 En lo digno y lo juicioso
 Pudiera igualarse el suyo.
 «Véte, Blasillo, á tu casa,
 No se hable más del asunto;
 Pero á suceder no vuelva
 Lo que, si hoy os lo disculpo,



Otra vez merecerá
 Castigo muy fuerte y justo.»

V.

Al pueblo el siguiente dia
 Llegó temprano un frances,
 Que iba ganando su vida
 Haciendo á las gentes ver
 Notables habilidades
 De dos elefantes, que
 Muchos prodigios hacian,
 Dificiles de creer.
 Al amo siempre obedientes,

Se ponian en un pié,
 Y él se tendia en el suelo,
 Y ellos por encima de él
 Pasaban sin tropezarle,
 Y era peligroso á fe
 Exponerse á ser pisado
 Por tan monstruosos piés.
 A los elefantes sabios
 Todo el mundo los fué á ver,
 Y Ricardito el primero,
 Y el buen Blasillo despues,
 Y una fiesta para todos
 El espectáculo fué;
 Nunca allí se vió un cuadrúpedo

De más tamaño que un buey,
 Y las gentes no creían
 Que pudiera nunca haber
 Animales tan enormes,
 De tan fuerte y dura piel,
 Con una trompa flexible
 Y larga para coger
 Las cosas, y hasta un muchacho,
 Que así lo hicieron también,
 Y el muchacho á quien cogieron
 Pasó el rato más cruel,
 Creyendo acaso, inocente,
 Que le querían comer :
 El francés al señor Conde
 Le suplicó la merced
 De guardar los animales
 En una gran cuadra que
 Estaba desocupada
 En un corral, y aquí fué
 Cuando el travieso Ricardo
 Una gracia pensó hacer.

Cuando se fué todo el público,
 Dijo Ricardo á Blas : — Ten,
 Que vamos á divertirnos.

— ¿Y qué es lo que intenta usted?

— Verás; por esa ventana
 De la cuadra, ya lo ves,
 Saca un señor elefante
 La trompa...

— Es verdad. ¿Y qué?

— Quiere que le demos algo.

— Pues yo aquí debo tener
 Un poco de pan.

— Pues dáselo.

— Y que le sabe muy bien.

— Otra vez pone la trompa
 Por si le dan otra vez.
 Yo le voy á dar ahora
 Otra cosa.

— A ver, ¿qué es?

Subió en un banco Ricardo,
 Y sacando un alfiler,
 Al animal en la trompa
 Le picó fuerte con él.
 El elefante, en seguida,
 La trompa volvió á esconder.
 — Anda, saca la trompeta,
 Ó la trompita, anda, vén,
 Decía Don Ricardito
 Con deseos de volver
 Á picarle; el elefante
 Sacó la trompa otra vez,
 Y al ir á picar Ricardo,
 Descargó con furia en él
 Toda el agua que en la cuadra
 Pudo de un cubo coger
 Con la trompa, y me le puso
 Como nuevo; mas no fué
 Eso lo malo tan sólo,
 Sino que le hizo caer
 Del banco donde se habia
 Encaramado, y á fe
 Que muy cara le salió
 La broma del alfiler.

(Se continuará.)

EL HERMANITO.

(Á MI HIJA.)

¿Oyes llorar?

Es el niño que hace pocos días ha
 nacido á la luz; es un hermano que
 ha venido á la vida para tí; es el *ne-
 ne*, como tú le llamas, vida mía,
 cuando quieres tus besos concederle;

cuando, tan pequeña, ya tus caricias
 ofrecerle pretendes.

¡Hija del alma!

Ayer eras tú sola la que ocupaba
 mi amante corazón; hoy, aunque es
 tan corto el plazo transcurrido, ya

hay otro sér que viene á compartir contigo mi paternal cariño.

¿Comprendes esto?

Bien sé que no: tu corta edad no permite á tu naciente, preciosa inteligencia desenvolver la idea que encierra la santa palabra, la voz *hermano*.

Cuando vayas creciendo, si la suerte implacable respeta con la suya tu existencia, para mí tan querida, podrás ir poco á poco admitiendo la idea que hoy no podrás en modo alguno comprender.

Aun tan pequeña sabes sentir: el sentimiento es lo primero que he querido poseas; si sientes, serás buena: tu pobre padre te lo dice hoy, cuando no puedes estas páginas leer, para que seas un día lo que pueda trazar mi humilde pluma.

¡Sentir!

¡Si vieras, hija mia, cuán grande es el sentimiento y cuán notable su grandiosa, importantísima influencia!

No sé, no sé cómo decirte lo que pretendo en estas líneas expresarte: vivir para sentir es, para mí, vivir para ser bueno.

Cuán grande es la virtud y cuán sublime podrás tú en el mañana comprender: ahora, yo solamente procuro dirigirte por la senda en que sólo el amor y la ternura podrán guiar tus vacilantes pasos.

Cuando ya ves los niños que como tú son en el globo los que presentan la única, verdadera inocencia, con afán amoroso y dulce acento los llamas á tu lado: los niños son herma-

nos que vienen á la tierra, donde pudieran tal vez los sufrimientos aguardarles; mas son hermanos, no como el que ya tienes: éste lo es más aún.

Hermano es, hija mia, el que tuvo en tus padres sus padres amorosos; hermano es, mi consuelo, el sér querido que durmió el primer sueño en el santo regazo en que pudiste tú también dormirlo; hermano es, no lo dudes, el que si sufre ha de partir contigo su pesar; y si goza, tal vez, de ventura, de paz y de alegría, ha de cederte, amante, de su dicha y bondad la mayor parte.

¿Vas comprendiendo?

Tal vez comprendas, sin trabajo profundo, que el pequeñito que ahora duerme en tu cuna y ha heredado el dulce néctar que pudiste absorber cuando tan solo él era alimento de tu pequeño cuerpo, viene á la vida á unir su vida á la existencia tuya, á unir su amor, con lazo indisoluble, al santo amor, al afecto inocente que al presente le profesas tú ya, que mañana habrás de tributarle.

Aquí en la tierra, donde el hombre es átomo invisible, si el amor no reina por doquiera, es porque el sér humano no quiere comprender que á él se debe, y que la paz jamás existirá sobre el planeta si en cada corazón un trono tiene el odio, y acogida merece el egoísmo. Tú, pues, mi vida, sigue la marcha que te marco hoy, y mira en cada sér un objeto de cariño y ternura, de compasión y afecto.

Así te lo hago ver, cuando dulces palabras puedo expresarte yo ante

la verde planta, ante todo animal: cuanta existencia tenga debe tu amor tener; jamás el aborrecimiento ocupe en tu pecho el puesto que solamente debes guardar para el afecto tierno, para el dulce sentimiento de ternura.

Te decia que cuantos hombres existen en la tierra son tambien tus hermanos, y que á todos debes amor tener, no ódio.

Amor es ley que rige al mundo de la paz y la armonía; amar es deber que para ser feliz has de cumplir gozosa.

Tienes, pues, ya un hermano, y si hoy le das tus besos amorosos y quieres mecer su cuna, y con tu canto acompañar su sueño, debes pensar que cuando tú naciste no lo tenías aún, para que pudiera con tus padres compartir los cuidados que te prodigaban y hacer contigo lo que hoy para él quieres hacer.

Tú nacer pudiste ántes, y en aquellos dias primeros de la existencia tuya, si llorabas, no habia más que tu madre que velára tu sueño y tu llorar pudiera percibir.

Hoy tu hermanito te tiene ya; más dichoso en esta parte, porque si oyes su llanto, acudes presurosa á llamar con presteza á tu buena, cariñosa mamá.

El niño llora: tú comprendes, tal vez, porque tambien de tus ojitos de cielo salen ya lágrimas en cristalinas perlas; tú comprendes que llorar es sufrir, ya preciando el sentir, quieres ahorrar al pequeñito su temprano, pasajero sufrimiento. Y por esto avi-

sas de su llanto el eco agudo que hierre tus oídos, y pareces con él sufrir, compartir su pena y su tristeza.

¡ Si pudieras apreciar lo que es la vida!

Cuando nació tu hermano y cuando tú naciste, lo primero que hicisteis fué llorar: ¿ no ves en esto que las lágrimas llegan á ser el dón primero del hombre en esta vida, que es, en verdad, de sufrimientos?

Pues que para sufrir aquí venimos, oye, hija mia, el consejo de un padre, consejo que hoy te da, cual debe, al venir á la vida tu hermanito.

Ya no eres sola: desdichas y venturas habrás con él de compartir. Al presente él es muy pequeñito, y tú puedes favorecerle en algo: mañana él será fuerte, robusto y animoso; tú, siempre débil, su proteccion habrás de necesitar.

¿ No ves aquí que si le ayudas á dar su primer paso, él podrá algun dia pagar la deuda que contigo adquiere?

Pues cual en eso sucede, en la vida acontece á los seres humanos: solidarios los unos de los otros, la accion del uno se encuentra con la de los demas relacionada.

La sociedad ha unido á todos los hombres: aquí en tu modesta casa hay una sociedad, aunque pequeña, y en ella ocupas un lugar, yo ocupo otro.

Y dirás que la armonía deberá reinar siempre entre nosotros, y la ventura habrá de sonreir nuestra existencia. Así será, sin duda, si la ley del amor todos guardamos.

Ama, pues, á tu hermano y mira en él un sér que forma contigo una misma y única entidad: tú y el pequeño sois un todo, un conjunto en el afecto de tu buena madre, en la ternura de tu amante padre.

Cuando Jorgenació, un temor asaltó presuroso la mente de tus padres: éstos temieron que, en tu inocencia, pudieran ya la envidia y los celos turbar tu alegría, y con ella amenazar tu salud ó tu vida preciosa y delicada.

¡Pobre hija mia!

Tú ya sentias, y amor sólo has tenido para el pequeño sér que ha venido á la vida; tú ya sentias, y besos y caricias solamente le has tributado con placer inmenso.

Guardas en tí inagotable origen de dicha y de alegría: vives para sentir, y el bien tan sólo puede andar en tu alma candorosa.

El consejo que quiero darte te lo he expresado ya: que amor únicamente guarde tu pecho amante, que al bien grandioso aspire sin cesar tu inteligencia; y pues tienes hermano que poseerá tu cariño, con el que puedan tus padres profesarle, habrás

de ver en él cual otra tú, cual si fueras tú misma la que en él existieras.

Tú lo oyes llorar, y ya su llanto procuras mitigar: en esta senda se encuentra el sentimiento, y en ella habrás tú siempre de seguir.

Aliviar al que sufre es en la tierra deber del sér humano: aliviar á tu hermano debe ser algo más.

¿Y qué podré decirte?

Nada, nada: el amor encierra en sí lo que quiero expresarte: amar cual se siente uno amado es establecer la suprema armonía.

Tú eres pequeña, pero mañana podrás leer estas líneas: entónces Dios sabe si tendrás tú un padre, cual le tienes ahora, amante y cuidadoso.

¿Y mi cariño?

No temas que porque exista el pequeño pueda faltarte nunca: mi ternura es de los dos; mas no por eso mi amor para tí ha podido en nada disminuir ni ser más débil.

Si eres amada, ama: tu padre te bendice y te dedica un ósculo de amor.

E. THUILLIER.

5 de Mayo de 1876.



EL VELLOCIÑO DE ORO (1).

(Continuacion.)

Durante todo el tiempo de su reinado no habia experimentado aquel Rey una emocion, un espanto semejantes al espanto y la emocion que sintió al ver el pié desnudo de Jason. Sin embargo, como era un príncipe naturalmente osado y tenía un alma muy bien templada, pronto se repuso, disimuló, y empezó á pensar de qué manera podria desembarazarse de tan importuno y temible huésped.

—Amigo mio, le dijo con el tono más dulce posible, á fin de inspirarle confianza, bien venido seas á mis Estados. A juzgar por tu traje, debes llegar de bien lejanos países, porque en esta parte del globo no se usa llevar sobre los hombros pieles de leopardo. Dime, si gustas, cuál es tu nombre y dónde te has criado y educado.

—Mi nombre es Jason. Desde mi infancia he vivido en la caverna del centauro Chiron. Él ha sido el que me ha dado educacion; él me ha enseñado á tocar el arpa, á montar á caballo, á curar las heridas y á manejar las armas.

—He oido hablar de ese señor Chiron como de un profesor muy distinguido, contestó el Rey, y sé que es grande su erudicion y mucha su sabiduría, aunque tiene la poco agradable cualidad de ser mitad hombre

y mitad caballo. Mucho me huelgo de recibir en mi córte á uno de sus más aventajados discípulos, y puesto que habrás aprovechado seguramente las sábias lecciones de tu maestro, permíteme que te dirija una sencilla pregunta.

—No tengo la pretension de poseer profundos conocimientos, dijo el jóven; pero pregunta lo que quieras, y veré si puedo responder.

El Rey buscaba maliciosamente la manera de tenderle un lazo y arrancarle alguna palabra que sirviese para perderle. Con una sonrisa muy amable, que le ponía mucho más feo de lo que era, le dijo:

—¿Qué harías tú, valiente Jason, si existiese en la tierra un hombre de quien tú sospecháras con fundamento que estaba decidido á matarte? ¿Qué harías tú si ese hombre estuviese en tu presencia y en tu poder?

Jason comprendió, por la expresion de crueldad que el Rey no podia disimular en sus miradas, que habia adivinado el objeto de su viaje y queria servirse de su propia respuesta para volverla contra él. Repugnábale disimular lo que pensaba, y á fuer de príncipe leal y franco, resolvió decir la verdad. Puesto que el Rey le habia hecho semejante pregunta, y él por su parte habia prometido contestarla, estaba obligado

(1) Véase el núm. 14, pág. 213.

á declarar lo que él pensaba más prudente hacer si su mayor enemigo se hallára en su poder.

Después de un momento de reflexión, y con voz firme, contestó:

—Yo enviaria á ese hombre á la conquista del Vellocino de Oro.

Habeis de saber que esta empresa era la más difícil y peligrosa del mundo. En primer lugar, era preciso hacer un larguísimo viaje, atravesando desconocidos mares. El temerario que concibiese tal pensamiento no habia sólo de fracasar en su tentativa, sino que tampoco podría volver á contar los obstáculos y los peligros hallados en su camino.

Los ojos del Rey brillaron de alegría cuando oyó la respuesta de Jason.

—Bien, dijo; bravo, noble extranjero. Parte á conquistar eso que dices, y tráemelo si puedes—que no me lo traerás, añadió para sí.

—Obedezco, respondió Jason tranquilamente. Si sucumbo, no tendrás nada que temer de mí. Pero si vuelvo con la gloriosa presa, tendrás que bajar del trono y entregarme tu cetro y tu corona.

—Consiento en ello, respondió el usurpador con una sonrisa burlona. Mientras, procuraré conservar mi corona y mi cetro muchos años.

Lo primero que hizo Jason, después de su entrevista con el Rey, fué dirigirse á Dodona á fin de poder saber del *roble parlante* lo que debia hacer. Este árbol maravilloso se elevaba en el centro de un antiguo bos-

que; su majestuoso tronco medía más de cien piés de alto y daba sombra á un espacio muy grande. Abriéndose bajo sus ramas, el viajero examinó la brillante verdura de sus entrelazadas ramas, y luego dirigió sus miradas al centro misterioso del árbol venerable, y habló como si se dirigiese á una persona oculta en el árbol.

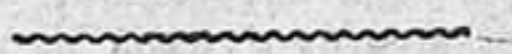
—¿Qué debo hacer, preguntó, para conquistar el Vellocino de oro?

Profundo silencio durante algunos minutos, y luego las hojas empezaron á moverse como si una dulce brisa las agitára. Los demás árboles del bosque permanecieron en completa inmovilidad. Poco á poco Jason creyó percibir algunos sonidos articulados, muy confusos al principio, por la sencilla razon de que cada hoja del árbol representaba una lengua y millares de hojas murmuraban á un tiempo. El ruido fué creciendo más y más, y se parecia á un torbellino que silbaba entre las ramas, componiendo con tan innumerables silbidos un violentísimo huracan. Aunque tenía todo el carácter de una tempestad, era al propio tiempo como una voz bronca que hablaba tan distinta y claramente como puede hablar un árbol. Jason oyó las siguientes palabras:

«Vé á buscar á Argos, el constructor de buques, y mándale construir una galera armada de cincuenta remos.»

(Se continuará.)

NATANIEL HAUTHORNE.



ESCENAS INFANTILES.



LA PRIMERA MUÑECA.

¡Poquito ufana está la niña con su muñeca! Muchos deseos tenía de poseer una muñeca, pero sus padres son pobres y ha sido preciso que una buena señora, conociendo el afán de la niña, se la regale para que vea colmada su felicidad, que para ella es la mayor de este mundo la posesión de una muñeca vestida, que mueve los bracitos y la cabeza, y mira fijamente á la niña y escucha con la mayor atención cuanto ésta le dice.

Lo malo es que la niña, desde que tiene la muñeca, no hace otra cosa

más que vestirla y desnudarla y estar con ella en conversacion, y le cuesta trabajo hacer lo que su madre le ordena en cosa de las haciendas de la casa; pero es de esperar que se corrija y no dedique en lo sucesivo todo el tiempo á la muñeca, porque su padre, que es un hombre muy serio, le ha dicho que le va á quitar la muñeca si ésta ha de servirle para hacerse holgazana y perezosa, sobre desobediente á su madre, que es gravísimo defecto en toda niña que quiere ser querida por sus padres y estimada por todo el mundo.